

LA MORISCA DE ALAJUAR,

COMEDIA EN TRES JORNADAS

PERSONAS

DON FERNANDO.
 MARÍA, *morisca*.
 MULIM-ALBENZAR, *morisco*.
 EL CONDE DE SALAZAR.
 FELISA, *cristiana*.
 ABDALLA, *alfaquí morisco*.
 EL MARQUÉS DE CARACENA.
 EL COMENDADOR MAYOR.
 EL CAPITAN GARCIA.
 UN SARGENTO.

CORBACHO.
 MALEC, *morisco*.
 ZEIR, *morisco*.
 UN SECRETARIO.
 UN ALCAIDE.
 DONCELLAS ALDEANAS, *moriscas*.
 PASTORES, *moriscos*.
 MORISCOS CONJURADOS.
 SOLDADOS ESPAÑOLES.

La acción pasa en el reino de Valencia á fines del año de 1609 y principios del de 1610.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una amena cañada en las cercanías de la villa de Alajuár, rodeada de ásperos montes.—Después de cantar dentro los cuatro primeros versos, salen diez ó doce jóvenes ALDEANAS moriscas, y detrás de ellas MARÍA y FELISA: todas con cantarillos, como que van por agua á la fuente.

ALD. 1.^a *(Canta dentro.)*
 No tenga fe ni esperanza
 quien no estuviere en presencia.
 TODAS. *(En coro, dentro.)*
 Pues son olvido y mudanza
 las condiciones de ausencia.

Salen TODAS

ALD. 2.^a *(Canta.)*
 Quien quisiere ser amado
 trabaje por ser presente;
 que cuan presto fuere ausente
 tan presto será olvidado.

ALD. 1.^a *(Canta.)*
 No tenga fe ni esperanza
 quien no estuviere en presencia.
 TODAS. *(En coro cantan.)*
 Pues son olvido y mudanza

las condiciones de ausencia. *(Vanse.)*

MARÍA. *(Deteniendo á Felisa.)*
 Déjalas llegar, amiga,
 al dulce raudal, y aquí
 queda un rato junto á mí,
 á consolar mi fatiga.
 Que esa insensata canción,
 con que dan vida á este ejido,
 todo un infierno ha metido
 en mi roto corazón.
 Y miente la letra, miente,
 pues amor que no es vulgar
 nunca más firme ha de estar
 que cuando está en un ausente.

FELISA. Singular es tu constancia,
 oh hermosísima María,
 y ese amor, que desafía
 al tiempo y á la distancia.
 En hora menguada vino
 don Fernando á este lugar,
 tu tierno pecho á enredar
 en tan ciego desatino.

MARÍA. No digas eso, que yo
 bendigo el feliz momento

en que para alojamiento
 mi casa y mi pecho halló.
 En aquella temporada
 que le tuve junto á mí,
 tan venturosa me ví
 y tan amante y amada,
 que con su recuerdo sólo
 soy la más feliz mujer
 que en el orbe puede haber,
 desde un polo al otro polo.
 Y un porvenir tan risueño
 de encanto y felicidad
 se presentó á mi ansiedad,
 que voy tras él con empeño.

FELISA. ¡Ay que los recuerdos son
 dejos de un bien acabado;
 y un porvenir no ha pasado
 jamás de incierta ilusión!
 No es, no, tan desatinada
 la letra de ese cantar,
 que sólo te da pesar
 porque estás alucinada.
 Si tuvieras mi experiencia
 (ya la tendrás algún día),
 conocieras, hija mía,
 de tu pasión la demencia.

MARÍA. No es decir que quepa engaño
 en el pecho de tu amante:
 será muy firme y constante,
 pero está sin verte un año!
 Cuando ¡ay de mí! se marchó
 de esa Flandes á la guerra,
 ántes de un año á esta tierra
 volver amante juró.

FELISA. Ya el año cumplido es.

MARÍA. Y yo con gran fe lo aguardo,
 que no es, Felisa, retardo
 sólo el retardo de un mes.

FELISA. De los que se van, dejando
 en España empeños locos,
 á esa Flandes, vuelven pocos.

MARÍA. Uno será don Fernando.
 Si conocieras, amiga,
 los extremos de su amor,
 de su palabra el valor,
 y de su alma, que bendiga
 Dios, los dotes celestiales,
 como yo los conocí;
 no me afligieras así,
 con desconfianzas tales.

FELISA. Vendrá, ama mía, vendrá.
 Pero aunque vuelva, ¿qué esperas?...
 Quién eres no consideras,
 ni sabes quién él será.

Tú, morisca...

MARÍA. *(Con viveza.)* Yo, cristiana.

FELISA. *(Con ternura.)* ¡Hija idolatrada!... Si,
 que de madre te serví
 desde tu niñez temprana,
 y con mi leche mamaste
 la fe más pura y leal,
 siendo mi gozo cabal,
 porque en ella te afirmaste.
 Y tu sangre misma... ¡ay triste!
 sin madre desde la cuna...
 Dios te ha dado la fortuna
 de que en mis brazos creciste.
 —Pero al asunto tornando
 de tu amor, pues con razón
 se me parte el corazón
 otros tiempos recordando;
 te diré que, aunque cristiana,
 eres morisca, María,
 en quien nunca halla hidalguía
 la soberbia castellana.
 Y de tu amante, aunque sea
 falso el nombre que nos dijo,
 la ilustre alcurnia colijo
 de la insignia, que campea,
 roja, en su pecho español:
 ¿y te querrá para esposa,
 aunque te adore cual diosa,
 y le parezcas un sol?

MARÍA. *(Con dignidad.)* Hubo moros caballeros,
 y moros reyes también.
 ¡Y quién quitar puede, quién
 su sangre á sus herederos!
 La familia de Albénzar,
 por más que el hado la humilla,
 ni á los reyes de Castilla
 nobleza debe envidiar.

Que en los muros de Jaén
 ha dejado fama eterna,
 y hoy un Albénzar gobierna
 las torres de Tremecén.
 Y si la cristiana cruz
 aun lo más vil avalora,
 no ha de oscurecer ahora
 de mi nobleza la luz.

FELISA. *(Aparte.)* En cuanto hace, piensa y dice
 descubre su sangre hidalga.
 ¡Oh recuerdos!... Dios me valga,
 no sé si bien ó mal hice.
(Alto.) ¡Ah! si insensatos no fueran
 de tu morisca nación
 los nobles, con más razón
 de su estirpe alarde hicieran.
 Tal vez cual cristiana vieja
 y cual de sangre española
 pienso yo.

MARÍA. No eres la sola;
 pues á mí también me aqueja

ver á la raza africana,
ya española, y que debía
con noble y leal bizarría
ser española y cristiana,
cerrar con obstinacion
los ojos á la verdad,
y buscarse, ¡oh ceguedad
continua persecucion.

FELISA. ¿Tu talento ha traslucido
los altos intentos?...

MARÍA. Sí,
los intentos locos dí,
y que el corazon partido
me tienen; pues los cristianos
los conocen y los ven,
y alistan fuerzas tambien
para que resulten vanos.
Verás, pues, que los rigores,
que dos veces se temieron
y que evitarse pudieron,
van á renacer mayores.
Y verás de los moriscos
en la osada resistencia,
sólo una ciega demencia,
que ensangrentará estos riscos.

FELISA. Pues tu padre es...

MARÍA. Harto lloro
la obstinacion en que vive,
y ese obsequio, que recibe
de todo este pueblo moro.

FELISA. (Con burla.) ¿Esperanzas no te dan
esas cosas que han contado
de Alfatin, el encantado
en las sierras de Espadán,
de quien dice el Alfaquí,
que sobre un verde corcel
el imperio de Ismael
han de restaurar aquí?

MARÍA. (Con desprecio.) Yo soy, Felisa, cristiana,
cristiana de corazon,
y oigo con indignacion
esa creencia musulmana.
Sólo desdichas espero
de ese ardor mal entendido,
que en nuestra gente ha encendido
tanto ambicioso embustero.
—Mas no hablemos de esto, no:
hablemos de don Fernando,
á quien estoy esperando
con el alma toda yo. (Voces dentro.)

UNA. ¡Detente!...

OTRA. A la ladera...:

OTRA. Atajad por aquí.

D. FER. (Dentro.) ¡Cielos!

CORB. (Dentro y muy lejos.) Espera.

MARÍA. (Sobresaltada.) ¿Qué acento da ese monte,

que poblando de horror el horizonte,
causa en mi corazon mortal desmayo?

FELISA. (Asombrada y mirando adentro.)

Como encendido rayo
ó perdido cometa,
desbocado bridon que no sujeta
el freno, roto ya, veloz se mete,
con peligro espantoso del jinete
en lo más intrincado de esas breñas.

MARÍA. (Mirando adentro.)

Sí, ya le veo entre las altas peñas,
que exhalacion parece;
y su dorada piel, que resplandece
del sol á las vislumbres,
enciende con relámpagos las cumbres.
Dijérase que uniendo va con saltos
las bajas nubes y los montes altos.

FELISA. ¡Cuán firme el caballero
sobre la espalda va del monstruo fiero,
¡oh desdichada suerte!
despeñado á los brazos de la muerte!
(Asustada y en ademán de huir.)

Hacia aquí viene... Huyamos,
que á ser despojo de su furia vamos.

MARÍA. (Horrorizada y apartando la vista.)

¡Precipitóse!... ¡cielos!... ¿No lo viste?
¡Espectáculo triste!
tropezó con un risco,
que es ya de su sepulcro el obelisco.

FELISA. (Mirando adentro con ansiedad.)

Ya acuden los pastores...
Quieran del cielo airado los rigores...

MARÍA. (Desalentada.)

Vamos... démonos prisa;
vamos allá, Felisa... (Titubeando.)
Mas ¡ay!... andar no puedo...
rémora de mis plantas es el miedo.
¡Ay de mí desdichada!
(Caí desmayada en brazos de Felisa.)

FELISA. (Sosteniéndola.)

¡Cielos!... ¡cielos!... ¡María desmayada!
Ya en gualdas se han tornado
las rosas de su rostro delicado.
Y la boca entreabierta,
y los labios de hielo
parecen ¡ay! la puerta
por do quiere volar el alma al cielo.
—¡María! ¡Ay de mí triste! Ya me falta
vigor para en mis brazos sostenerla,
sobre este césped, que el abril esmalta,
mientras busco socorro, he de ponerla.
Y corriendo á la fuente
agua traeré con que regar su frente.
(La coloca á un lado sobre un ribazo.)
¡Ay cielos!... ¡Hija mía!
caduco miro en su semblante el día. (Vase)

Sale D. FERNANDO, descompuesto, sin capa
ni sombrero, con la ropilla abierta, llena
de lodo, y con algunos piquetes en el ros-
tro. Le rodean cuatro ó seis PASTORES
moriscos.

D. FER. Yo os adoro rendido,
oh Dios omnipotente y bondadoso,
que en peligro tan grave y espantoso
amparado me habeis y defendido.
Y á vos, oh buena gente,
gracias os doy postrado,
pues tan caritativa y diligente
para darme socorro habeis volado.
Retiraos: no fué nada
el golpe, la maleza enmarañada
lo quebrantó de modo,
que lo que sangre fuera, sólo es lodo.
Esa vecina fuente
me dará refrigerio competente
para el susto, en sus plácidos cristales.
Tornad á esos fragosos peñascales,
en pos del bruto alado,
que tal vez del ladrido importunado
de vuestros fieles perros,
desatado huracan, cruzó los cerros,
hundiéndose á sí mismo,
y á mí con él, en tan profundo abismo.
Si le hallais vivo, os ruego
que de mano al lugar lo lleveis luégo.
Y os conjuro busqueis á un fiel criado,
que al mirarme empeñado
en tan tremendo lance,
por socorrerme se arrojó al alcance.
Y aun le escucho perdido en esas breñas
darme de su lealtad, con llanto, señas.

(Vanse los pastores.)

Aíí la clara fuente me convida
con su líquido hielo. (Repara en María.)
Mas... ¿qué es esto que miro?... ¡Santo
desmayada ó dormida (cielo!...
una mujer sobre la yerba yace:
y mi pecho al mirarla se deshace.

(Se acerca y la reconoce.)

¡Infelice de mí!... ¿Deliro?... ¿sueño?...
Mi dulce encanto, mi adorado dueño.
¡Oh celestial María!
¿Así te encuentra, ¡oh Dios! el ansia mía?...
¡Oh! despierta, mi bien, mi amor, despierta.

(La mueve y examina.)

¡Cielos!... helada... yerta.
¡Ay!... ¡para hallarla así salvé la vida!!!
Siempre una desventura
es de otra más atroz prenda segura.
¡María!... ¡mi María! ¡Oh Dios!...
(La observa.) Acaso

á la respiracion aun lento paso
da el labio desteñido,
y del todo el calor aun no ha perdido.
Para poderle dar presto socorro
hacia la fuente arrebatado corro.

(Va á marchar y se detiene.)

Mas aquí una aldeana á toda prisa
desde la fuente viene.
Y con agua vendrá, puesto que tiene
un cántaro en la mano... ¡Ay, que es Felisa!

Sale FELISA con un cantarillo y se detiene
al ver á D. FERNANDO.

FELISA. ¿Un caballero allí?... ¿qué importa? Vuelo,
que en desmayo mortal yace en el suelo.
(Se acerca y reconoce á D. Fernando.)

¡Oh, señor don Fernando!

D. FER. ¡Ay, Felisa!... ¿Qué es esto?

FELISA. Desventuras, señor.

D. FER. Con agua presto
regad el rostro de azucena.

FELISA. Cuando
de breñas el confuso laberinto
cruzar vió á un despeñado, que sin duda
erais, á lo que infiero,
por amoroso instinto
os conoció tal vez, y yerta y muda
cayó cual veis.

(Salpica con agua el rostro de María.)

D. FER. ¡Oh celestial María!

(Se sienta junto á ella, la incorpora sosteniéndole la cabeza.)

FELISA. Ya torna en sí.

D. FER. Torna á lucir el día.

¡María!

MARÍA. (Volviendo en sí.)

¿Dónde estoy?...

D. FER. Sobre mi pecho.

MARÍA. (Desalentada.)

¿Y el infelice, que pedazos hecho?...

D. FER. (Arrojándose á sus pies.)

A tus plantas tu vida idolatrando.

MARÍA. (Abrazándolo trasportada de gozo.)

¿Deliro?... ¡Oh confusion!... ¡Cielo!...
(¡Fernando!

(Permanecen abrazados un instante, y se sientan juntos, con muestras de gran ternura y contento.)

MARÍA. ¿Es engaño?... ¿es ilusion?

¿Estoy soñando ó despierta?...

Mi oprimido corazon

duda, y duda con razon,

sea tanta dicha cierta.

D. FER. Sí, hermosísima María,
tu tierno y rendido amante

torna amoroso y constante
á tus plantas este día,
de un gran peligro triunfante.
Que para poder lograr
tan alta y dichosa suerte,
cual es la de merecerte,
es fuerza ántes arrostrar
los peligros de la muerte.

MARÍA. ¿Con que fuisteis vos, Fernando,
fuisteis vos, aquél que ví...?

D. FER. Divino dueño, yo fui
el que esos cerros salvando...

MARÍA. ¡Cuán presto, ay Dios, lo temí!
¿Y no os habeis hecho nada
con un golpe tan tremendo...?
¡Ay de mí! que os estoy viendo,
y aun, indecisa y turbada,
que deliro estoy creyendo.

D. FER. De un ángel en la presencia
nunca puede ocurrir mal,
y tú el ángel celestial
fuiste, que la Providencia
me dió en el trance mortal.

MARÍA. *(Sobresaltada.)* Pero aun estais demudado;
con sangre en el rostro... sí.

D. FER. Acaso cuando caí
entre el ramaje acopado,
sin yo sentirlo, me herí.
Mas no es nada.

MARÍA. *(Afligida.)* La caída
resultas puede tener...

D. FER. *(Con gran ternura.)*
Pues ya os he llegado á ver,
segura tengo la vida,
y nada debo temer.

MARÍA. *(Se levanta inquieta y solícita, y toma el
cantarillo de Felisa.)*

¡Ah! Bebed, bebed os ruego...

Que os limpie el rostro dejad.

(Se lo limpia con el delantal.)

¡Ay!... no cesa mi ansiedad,
no puedo lograr sosiego
al veros así... Tomad.

*(Le da de beber, y en tanto continúa, di-
rigiéndose á Felisa.)*

Ya ves, ya ves, ama mia,
si esperaba con razon,
si mi amante corazon
con motivo desmentia
la impertinente cancion.

D. FER. *(Al acabar de beber.)*

Agua dada por tu mano,
oh María angelical,
medicina es celestial,
es bálsamo sobrehumano
capaz de hacerme inmortal.

*Sale CORBACHO muy fatigado, y trae en
la mano el sombrero y la capa con cruz
de Santiago, de D. Fernando.*

CORB. Pues, señor, yo lo celebro.
Cuando encontrarte creí
al pié de un áspero risco,
hecho pedazos dos mil,
tornando los arroyuelos
en espumoso carmin,
y las yerbas de esmeralda
en corales ó en rubis;
te encuentro, Dios te bendiga,
cual nunca sano y gentil,
sentado en pintadas flores,
y en brazos de un serafin.
Si de todas tus caidas
te levantas tan feliz,
vive Dios que á cada instante
á despeñarte has de ir.

D. FER. ¡Corbacho!
CORB. ¡Señora mia!...

¡Felisa!
FELISA. ¿Tú por aquí?

CORB. La sogá tras el caldero,
tras de su dueño el mastin.
Pero, señor, ¿estás vivo?...
¿Estás vivo, sin mentir?
Pues segun ha sido el golpe
me asombro de verte. Y si
estás ya muerto, y tan sólo
eres ánima sutil,
me has dado el chasco más grande...

D. FER. No entiendo... ¿qué chasco?... dí.

CORB. Pues qué, ¿te parece flojo?
¿Pudiera yo discurrir
jamás, sabiendo quién eres,
y cómo vives, en fin,
que sin confesion muriendo,
te encontráras en un tris,
no digo en el purgatorio,
dueño de la gloria así?

D. FER. Y qué bien, amigo, dices,
porque mi gloria está aquí.
La presencia de María,
luz de mi estrella feliz,
me amparó con su influencia,
y me salvó de morir.

CORB. Si conforme diste en blando
sobre el mullido cojin
de lentiscos y retamas,
contra el peñasco, que allí
está á dos dedos, te dieras
el coscorrón, juro á mí
que del mundo las Marías
todas, aunque sean cien mil,

ni las Blasas, ni las Petras,
ni las Victorianas, ni
las Alfonsas, te libráran
(aunque estrellas del Zenit,
y flores del Paraíso
fueran en brillo y matiz)
de ser hoy huevo estrellado
ó tortilla en perejil.

Mas ponte, señor, la capa,
ponte el sombrero, que así
pareces una figura
de un desgarrado tapiz.

*(D. Fernando se levanta y ayudado por
Corbacho se pone la capa, ajusta la ro-
pilla, se limpia el lodo y se pone el som-
brero, siguiendo entre tanto el diálogo.)*

Pero estó, al cabo, ¿qué ha sido?
pues no lo sé, aunque lo ví.

D. FER. Al embestirme los perros,
que salieron del redil,
un bote dió mi caballo;
por sujetarlo rompí
el freno, y partió furioso.

CORB. ¡Endemoniado rocin!
despues de catorce leguas,
que no son grano de anís,
y de, sin descanso alguno
desde Flandes hasta aquí,
jornada tras de jornada,
y no muy cortas, venir!

D. FER. No he visto otro más ligero:
era un corzo, era un neblí.

CORB. Un desatado demonio
debieras, señor, decir.

D. FER. ¿Y lo encontraron?

CORB. Tendido
y harto mal trecho. Hácia allí
se lo llevan los pastores,
desencajado un cuadri.
Mas en Alajuár entremos,
señor, y mira por tí.
Date luégo una sangría,
pues suelen despues salir
resultas de estos porrazos.

MARÍA. *(Levantándose con viveza.)*

¡Ay mi don Fernando!... Sí;
vamos al punto á mi casa,
donde os saldrá á recibir
mi buen padre con los brazos;
dándose por muy feliz
de que á honrar vuelva su choza
caballero tan gentil.

D. FER. Vamos, pues, á donde quieras,
oh divino querubin.
Tan encantado me encuentro
en estando junto á tí,

que cualquier parte del mundo
es el cielo para mí. *(Vanse.)*

CORB. Vamos, Felisa, que el susto,
y el vocear, y el gemir,
me han abierto el apetito.

FELISA. *(Recogiendo su cantarillo y el de María.)*
Corbacho, á almorzar venid. *(Vanse.)*

ESCENA II

Sala de ayuntamiento de la villa de Alajuár, y salen MULIM-ALBENZAR, MALEC, ZEIR y diez ó doce MORISCOS de distincion, vestidos todos con bragas á la morisca y borceguies, ropilla y capa á la española, sin golilla ni gorguera, y sombreros blancos de faldá, y en ellos cosidas grandes medias lunas de paño azul, que era entónces el distintivo de su raza. Todos manifiestan gran respeto á ALBENZAR.

MULIM. Pues que don Diego Quijano
se ausentó con Pedro Rueda,
y por fortuna no queda
aquí ya ningun cristiano,
siendo los dos solamente
los que en nuestro ayuntamiento
este año tienen asiento;
vamos á lo más urgente.

Lisonjeras y propicias
de todo aqueste contorno,
para el pensado trastorno
son las últimas noticias.
Y ha nuestro Alfaquí llegado
de Valencia hace un instante,
con una nueva importante,
segun me ha participado.

MALEC. En mi casa está escondido,
aguardando la ocasion.
Y por la gran confusion
que en su semblante he advertido,
algun grave mal sospecho;
aunque no me ha dicho nada,
pues sabeis que es extremada
a reserva de su pecho.

MULIM. Que lo más seguro es,
pienso, el recibirlo aquí.

ZEIR. Venga al punto, venga, sí.

MALEC. *(Receloso.)* ¿No fuera mejor despues
verle en mi casa, no sea
que al atravesar la calle
algun cristiano lo halle?

MULIM. Nada importa que lo vea
el mismo alcalde mayor.
Pues en este ayuntamiento
el Alfaquí tiene asiento,
que es nuestro procurador.
Y siendo hoy fiesta cristiana,
los cristianos de Alajuár
reunidos han de pasar
en su iglesia la mañana.

(A Malec.)

Llégate al punto por él